

RAMÓN BOHIGAS ROLDÁN

(Santander, 1956-2018)

Siempre resulta difícil escribir una necrológica, por el dolor y la tristeza que invade al recordar al amigo, al compañero de tantos años, de tantas experiencias compartidas y tantos trabajos conjuntos. Pero si es difícil y doloroso afrontar el trance, también es gratificante recordar y dejar testimonio de su vida, su obra y del legado que nos deja. Porque no es poco lo que trabajó, lo que escribió y lo que animó a otros muchos a hacerlo. Porque no son pocos los estudiantes a los que inició en trabajos de campo de excavación y recuperación del Patrimonio; trabajos que pasaban a formar parte de su currículo escolar de educación secundaria, algo poco corriente en una enseñanza cada vez más burocratizada y esclerotizada. Pero eso a Ramón no le arredra ni le desanimaba; aunque fuera contra corriente, contra viento y marea (casi literalmente, a veces), todos los años indefectiblemente convocaba, animaba e involucraba no solo a jóvenes estudiantes, sino también a maduros profesores colegas y amigos de diversas profesiones, en esos trabajos de campo, en reiterados viajes a monumentos y museos, en visitas a excavaciones en curso, incluyendo en los últimos años las colaboraciones en la recuperación de la memoria con la exhumación de fosas comunes. Algunos de aquellos estudiantes siguieron esa huella y son hoy profesionales de la arqueología o de especialidades afines; como otros, dedicados a otras profesiones diferentes, no dejan de recordar con agrado y gratitud sus enseñanzas, particularmente con esa forma tan particular y comprometida de vivir la enseñanza dentro y fuera de las aulas. En todos ellos dejó su huella; muchos de ellos acompañaron su despedida



▲
Ramón Bohigas Roldán (1956 - 2018)

o transmitieron su pesar, recordando precisamente lo mucho que les marcó en su formación.

Porque así era Ramón, infatigable, incombustible, ajeno al desaliento, abierto y generoso como pocos, comprometido con el trabajo, amén de con otras muchas causas justas. Porque no era solo un arqueólogo más, un profesor más; fue más que un arqueólogo y más que un profesor. Siempre dinámico en estas profesiones y profundamente involucrado en otras actividades; profundamente – precisa y literalmente – en algunas como la espeleología, no solo como actividad deportiva sino también arqueológica, una conjunción tan pródiga en Cantabria, y en la que tuvo un gran protagonismo, tirando del carro organizativo desde la presidencia de su federación y asociando a ello la

publicación de un buen número de trabajos de exploración espeleoarqueológica. Todo lo contrario a alguien acomodaticio, sus inquietudes vocacionales siempre le llevaban a abordar nuevos proyectos y a desarrollarlos desde múltiples facetas. Así iba incorporando a su vocación arqueológica y su desempeño docente otras tan afines como la mencionada espeleología o la museología. Además de la docencia en Secundaria, fue sumando la docencia en Másteres universitarios y en la UNED. A muchos nos hubiera gustado su incorporación plena a la Universidad, donde tan útil y provechoso hubiera sido. Pero la vida es corta y no da para todo. Aunque a Ramón sí que le cundía el tiempo para desdoblarse y multiplicarse, dedicándose a aficiones y vocaciones con el mismo empeño; no solo cumplía con el

trabajo diario, la profesión que al cabo nos da de comer, sino con una amplísima agenda en la que se iba acumulando la investigación arqueológica, la protección y difusión del patrimonio, el compromiso activo con diversas asociaciones o instituciones, entre ellas la Asociación Española de Arqueología Medieval, empeñado en su labor editorial, o el Instituto de Prehistoria y Arqueología “Sautuola” de Santander, donde confluyen a la postre todas esas iniciativas.

Era el Ramón multifacético, lo que le valió y otorgó con todo derecho un gran poder congregador; convocaba, reunía y animaba constantemente a un variado panel de colegas, amigos y familiares, arqueólogos, profesores, estudiantes, para uno y otro proyecto, excavación, actividad, publicación, viaje o lo que tocara, de manera programada y pautada unas veces, otras de modo más improvisado y hasta inesperado. No era inusual una llamada suya, ya de noche, para convocar y quedar a primera hora del día siguiente, a buena distancia de su domicilio, ya fuera con ocasión de un viaje, una visita concertada o espontánea, un congreso, la asistencia a una excavación o a cualquier otro acto; siempre era buena la ocasión, que aprovechaba para tratar un asunto serio o simplemente para conversar y ponernos al día; y siempre era muy grata la reunión con un colega tan activo, pero sobre todo con el fraternal amigo.

Entre los muchos campos que surcó interesa aquí resaltar su aportación en el de la cerámica altomedieval. En los años setenta y primeros ochenta era este un campo baldío en el norte peninsular; contábamos con las notas de Miguel Ángel García Guinea sobre aquellas que denominó “cerámicas de repoblación”, que había que discernir de las prerromanas y que animaba a estudiar. Y fue ese uno de sus primeros retos en la investigación, ligado al reconocimiento y exploración de los asentamientos altomedievales en Can-

tabria, que constituyeron el cuerpo de su tesina y su tesis doctoral. Desde entonces, junto a unos pocos colegas más del norte peninsular, fuimos poniendo las primeras piedras de ese camino que hoy transitamos. Esas primeras investigaciones, publicadas en los años ochenta, han constituido los únicos referentes hasta tiempos recientes, en que se han abierto nuevos horizontes y contamos con visiones más amplias; pero allí se habían puesto las bases de los nuevos conocimientos. Aquellos pioneros trabajos sirvieron, además, para congregarse y conocernos los pocos y jóvenes arqueólogos medievalistas que entonces comenzábamos andaduras paralelas. Además del ilusionante trabajo que nos reunía, cómo olvidar aquellas reuniones de “cacharros”, en las que se nos abrían continuamente los poros para aprender todos unos de otros, y en las que Ramón siempre aportaba y sorprendía con novedosos descubrimientos. Cómo no recordar el entusiasmo con que alimentaba el espíritu del trabajo en equipo, la sinceridad y honestidad que transmitía; eran valores estos no solo de los que aprendimos profesional y personalmente sino los que iban forjando una sólida amistad. De aquellos primeros pasos en una arqueología medieval del norte peninsular, casi inédita hasta entonces, han ido surgiendo nuevas vías hoy más exploradas con un bagaje más complejo, pero deudor en gran medida de tan meritoria y pionera labor, en la que Ramón jugó un papel fundamental y que debe ser reconocida.

A aquellos primeros trabajos colectivos siguieron otras muchas colaboraciones, en las que Ramón tenía siempre un gran protagonismo a la hora de convocar y sumar incorporaciones de nuevos y más jóvenes investigadores, contagiados de su entusiasmo.

Así fue siempre Ramón, incansable hasta el final; a pesar de sus problemas de salud, aun en los últimos días no dejó de

persistir en los trabajos de campo, en las cuevas de Valderredible, uno de sus ámbitos de estudio más queridos y en los que volcaba su saber y su experiencia en la formación doctoral de jóvenes investigadores.

Su desaparición truncó el ritmo de tantas de esas iniciativas con las que estaba profundamente comprometido e ilusionado: la renovación y el estreno de nuevas instalaciones del Instituto Sautuola, un nuevo número del Boletín de la AEAM, una nueva investigación en marcha o una próxima publicación, que verán la luz sin su presencia. Pero no sin que deje de estar vivo el recuerdo de su ilusión volcada en cada proyecto y a la que tanto debemos. Su pérdida es muy dolorosa y enorme el vacío que nos causa. Pero grande es también el legado que nos deja y mayor el recuerdo de su gran persona.

Hasta siempre, querido Ramón.

JOSÉ AVELINO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ

UNIVERSIDAD DE OVIEDO